

Droga, psicoanálisis y toxicomanía. Las huellas de un encuentro

POR: DANIEL CHAVES*

Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.

Eduardo Vera Ocampo, *Droga, psicoanálisis y toxicomanía. Las huellas de un encuentro*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1988, 142 páginas.

Este libro constituye un sólido acercamiento a una problemática que resulta acuciante para la época en que vivimos. La forma entrelazada con que se manifiesta la toxicomanía en la sociedad de consumo y sus ideologías, implica que antes de entrar a develar una clínica de la toxicomanía, es preciso deconstruir los discursos que soportan la conceptualización del mencionado fenómeno. En este sentido, Vera Ocampo emprende una crítica del discurso médico, que es el campo del cual se desprende el concepto de “toxicomanía”. Ésta se define como el efecto de la interacción entre un individuo y una sustancia con determinadas propiedades fármaco-dinámicas. Al leer entre líneas, el autor deduce el presupuesto de un “objeto sustancial” que por sí solo sería capaz de producir adicción en quien lo consume; la clasificación de la semiología médica le confiere a este objeto el carácter de signo, es decir, lo que representa un contenido unívoco en el interior de un único depositario, el saber médico. Se desconoce entonces el recorrido particular, las diversas significaciones que pueda tener la droga para cada sujeto. Es así como el discurso médico desaloja la dimensión de la subjetividad a favor de una “biologización” del vínculo que el individuo adopta

* e-mail: dechavesp@unal.edu.co

respecto al objeto-droga. Ese deslizamiento hacia el registro puramente biológico se convierte casi en justificación de lo que estos sujetos nombran como una relación de necesidad con la droga. Ya que lo presentan como irreductible, estas incidencias discursivas son las que obstaculizan una posible dialectización del vínculo, lo que a su vez es un aspecto que no deja de tener consecuencias directas sobre el abordaje clínico de la toxicomanía.

El tratamiento institucional y especialmente las fases que lo componen, se presentan como un derivado lógico de la concepción expuesta. La privación del objeto-droga es el requisito de toda terapia, pues se considera que una “desintoxicación” a nivel corporal podría exorcizar en buena medida el mal que la sustancia ha introducido en el individuo. La operatividad terapéutica consiste en sustituir el objeto por otro que sea moralmente valorado, pero el montaje fantasmático, el resorte de la dependencia, seguirá siendo el mismo.

Una vez despejado el “cerco de los signos”, que es el nombre del capítulo dedicado al discurso médico, el autor considera una cuestión de gran relevancia a la hora de aproximarse a esta problemática por medio de la lupa psicoanalítica. Del discurso de los llamados “toxicómanos”, Vera Ocampo alcanza a cernir dos elementos, a saber, que el decir del “toxicómano” posee una correspondencia especular con el discurso médico, y por otra parte, que el lenguaje utilizado

por ellos es una alusión constante al mundo imaginario de la alucinación, un intento fallido por comunicar un “mundo de goce sin palabras fuera de los límites del yo y del cuerpo”. Ese lenguaje también atestigua el límite real al que apunta su búsqueda; el secreto y la diferencia sexual rondan el punto más insondable de su experiencia inicial con las drogas, lo que ellos designan con el significante *flash*.

El tercer capítulo comprende la elaboración propiamente psicoanalítica de la toxicomanía. El apartado sobre Freud y la cocaína es el texto que abre este capítulo con una interpretación muy sugestiva acerca de las consecuencias que tuvo esta etapa tanto en la psique de Freud como en el nacimiento del psicoanálisis. Apoyado en las elaboraciones de Bernfeld, Anzieu y la biografía de E. Jones, el autor realiza una cartografía simbólica del estado subjetivo de Freud en la época de sus investigaciones con la cocaína. Lejos de ser un hecho sin trascendencia, Vera Ocampo indica la manera en que Freud hubo de sortear su fracaso con esta sustancia y empezar a dirigir su mirada hacia un horizonte explicativo de índole psíquica.

A pesar de que Freud no haya escrito un texto sobre la toxicomanía, en su obra pueden hallarse indicaciones que aportan luz a la problemática. En una de ellas Freud sugiere concebir la toxicomanía como un sustituto o producto de reemplazo de la masturbación; hipótesis que al ser desarrollada por Vera Ocampo, conduce a pensar la relación entre la práctica de la toxicomanía y el autoerotismo. Para Freud, el autoerotismo se define por la ausencia de objeto, es decir, es el momento estructural de la sexualidad, pues es cuando el objeto se constituye como perdido, sobre este fondo de ausencia se plasmará toda búsqueda de satisfacción pulsional, donde el objeto es precisamente el componente más variable. Sin embargo, en el sujeto toxicómano se opera un desplazamiento en el interior de la actividad autoerótica, porque la condición del objeto como perdido se desvanece, dando la impresión del encuentro, el *flash*, que materializa lo mítico de ese primer objeto. Es como si la droga, el “objeto

sustancial”, pudiera reintroducir la sustancia gozante que la inmersión en la lengua desaloja y establece como su frontera. Pero como contrapartida a la negación de la carencia, no tarda en aparecer la dimensión de lo insoportable, ya que el carácter inamovible de la droga detiene el movimiento metonímico del deseo y dificulta cualquier proceso de duelo por la pérdida del objeto, además de que el reencuentro, el *flash*, acaba convirtiéndose en una trampa que condena al sujeto a la repetición, que por estructura resulta fallida, lo cual hace que ni siquiera la transgresión sea determinante bajo esta lógica.

Ahora bien, de los que prueban la droga ¿por qué unos se vuelven toxicómanos y otros no? Toda la elaboración clínica del autor intenta responder a este interrogante. La droga sería capaz de investir ciertos elementos de la estructura subjetiva y desencadenar la toxicomanía. Por esta vía, señala el autor una serie de aspectos estructurales que podrían dar cuenta de una predisposición. Uno de esos resortes fantasmáticos de la toxicomanía concierne al desdoblamiento narcisista como defensa ante la angustia de castración. El desdoblamiento es un aspecto apreciable en la gramática del discurso de los toxicómanos, como en la expresión “me drogo” que, al utilizar la voz media refleja, demuestra cómo estos sujetos se sirven del fantasma de la bisexualidad, eludiendo así la diferencia entre los sexos.

Aunque su búsqueda inicial estuviera dirigida hacia la consecución de placer, termina por manifestar la faz mortífera del vínculo, la manera en que la pulsión de muerte signa el acto de drogarse. De igual forma puede pensarse el dilema independencia-dependencia que afrontan estos sujetos, ya que en su esfuerzo por limitar la presencia asfixiante del Otro a través de la droga, el efecto se revierte y ellos quedan reducidos, en el peor de los casos, a ser el objeto de goce del Otro. Esto constituye una de las tantas aporías de la toxicomanía.